

DEBAJO DE LAS ESTRELLAS

HAROLD KREMER

6

HAROLD KREMER

CUENTOS



Kremer, Harold, 1955-

Harold Kremer: cuentos / Harold Kremer. -- Medellín: Editorial EAFIT, 2017.

268 p.; 21 cm. -- (Debajo de las estrellas)

ISBN 978-958-720-449-0

1. Cuento colombiano. I. Tít. II. Serie.

C863 cd 23 ed.

K92

Universidad EAFIT- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Harold Kremer

Cuentos

Colección Debajo de las estrellas

a cargo de Juan Diego Mejía

Primera edición: agosto de 2017

© Harold Kremer

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No.7 Sur-50

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-449-0

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: *Polinas-portret*, (Detalle), Andrey Remnev, 1962 (Yachroma, Rusia).

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional, mediante Resolución 1680 del 16 de marzo de 2010.

Editado en Medellín, Colombia

CONTENIDO

El prisionero de papá	7
La casa	13
El gato negro	15
La cierva y la leona	31
Padrenuestro.....	33
La cajita cuadrada	45
Se ha roto un cristal	59
Estampas.....	83
Carta con un sueño.....	91
Vecinos	93
Animales invisibles	103
La loca escondida en su sueño.....	105

El combate.....	117
Algo mecánico, algo manual	119
El leopardo.....	129
El asalto	131
El dragón	145
Una linda mañana para el día del juicio final.....	147
Ceci	175
Patíbulo	177
¿Quién va a pagar?	187
El espía	203
Gelatina.....	205
La bicicleta.....	231
Colibrí	237
La noche más larga	239
Sin aves y sin ruido	245
Jolgorio	259
El enano más fuerte del mundo.....	261

EL PRISIONERO DE PAPÁ

Escuché los golpes de la pala sobre la tierra y estiré la mano para tocar a Yaira. Luego me levanté sobre los codos y en la oscuridad adiviné el bulto de mamá y Titina en la otra cama. Aún era de noche y en el patio seguían los golpes de la pala sacando la tierra. Corrí un poco la mano de Yaira y volví a acostarme. Por entre la pared de esterilla entraba la luz de la luna formando líneas sobre el piso de tierra y las camas. La pala decía chak, chak, chak. Oía también la respiración del que cavaba. Por el ruido supe que venía del lado del hueco donde Yaira y yo jugábamos a escondernos. Recordé la cajita guardada en la pared.

Me senté en la cama y volví a mirar a mamá. Luego me acerqué y vi que no estaba papá. Entonces me arrastré por el suelo hasta la pared y observé a los del patio: uno fumaba y el otro cavaba. No podía distinguirlos bien, pero al instante supe que eran papá y el Caliche. El Caliche agrandaba el hueco. A esa hora era bien de noche y yo tenía sueño. En la cajita guardábamos la moneda de mil pesos que le quitamos al prisionero. Me dormí y cuando desperté, el cielo empezaba a clarear. Me limpié la cara, escupí el sabor a

tierra de la boca y miré por el hueco de la esterilla. Papá acomodaba plásticos, piedras y pedazos de madera sobre el hueco tapado. Caliche le indicaba con la mano y papá se movía a tapar. Terminaron cuando ya era de día. Caliche se fue por el lado del caño y papá fue a lavarse la cara y las manos. Al desayuno dormía y roncaba en la cama.

Mamá nos decía de papá: “Trabaja hasta tarde”. Llegaba borracho y mamá dejaba que se montara encima de ella. Papá respiraba fuerte y la cama parecía caerse. Luego mamá se levantaba, le esculcaba los bolsillos del pantalón y escondía el dinero en el hueco del pilar de guadua de la cocina. Cuando no llegaba, mamá no hablaba, ni preparaba la comida, ni atendía a la niña. Se sentaba con los ojos rojos en un rincón de la cocina, con una correa en la mano, y cada vez que nos acercábamos tiraba a pegarnos. A mí me daba pesar de Titina porque la agarraba a correazos. Una vez oí a mamá hablando con doña Carmen. La próxima vez la mataba, le decía, sin importarle que la metieran a la cárcel. Mamá decía que cuando papá no llegaba era porque se quedaba durmiendo allá donde ella. Doña Carmen andaba siempre con los vestidos apretados y la risa en la boca. Mamá decía que así se vestían y se reían las mujeres para provocar a los hombres. Con Yaira nos metíamos por los patios y por los lados del caño para ir a verla. Una vez la vimos sentada en las piernas de papá. Tenía la boca pintada y la blusa entreabierta. Papá metía la cara entre la blusa y doña Carmen se reía. Se reía de las cosquillas que le hacía. Yaira se abrió la blusa, me mostró las teticas y dijo:

—Chucuan-chudo chuyo chuse-chua chugran-chude chuvoy chua chuser chuco-chumo chue-chulla.

A mediodía Yaira y yo fuimos al hueco. Papá y el Caliche lo habían rellenado. Yaira se puso a buscar las muñecas que papá le traía del Basuro y yo me asomé al caño a ver si encontraba la colección de carritos que me regaló la tía Isaura. Cuando nos acordamos del dinero quitamos los plásticos, las piedras y los pedazos de madera y luego cogimos unos pedazos de cerámica y nos pusimos a raspar la tierra. Pero la tierra estaba apretada de lo duro que le habían dado con la pala. Yaira se sentó a llorar porque quería mucho a sus muñecas. De pronto me dijo:

—¿Chuy chuel chupri-chusio-chune-churo?

Le recordé que lo habían reclamado y que a papá le iban a dar su buena recompensa. De lo pura tarada que siempre ha sido no quiso entender y volvió a llorar por las muñecas y los mil pesos.

Papá nos dijo que se encontró al niño en un parque y que como nadie aparecía para reclamarlo lo había traído a casa y lo iba a guardar hasta que aparecieran los papás y le dieran una buena recompensa. Lo que no entendíamos era por qué lo tenía amarrado con una cadena. Era del grande de nosotros y papá le daba una medicina para la enfermedad que sufría. Así se dormía y no le dolía. Cuando despertaba, jugábamos a la guerra y le decíamos que esa era una cárcel y que él era el prisionero de papá.

Al mediodía, cuando papá se levantó nos dijo que ya había entregado el prisionero y que le iban a dar una buena recompensa.

Por la noche no apareció. Mamá salió a buscarlo y cuando despertamos al día siguiente estaba sentada con la correa en el asiento de la cocina. A mí me despertó el

llanto de Titina. Chucé a Yaira y nos salimos al patio. Titina gateaba detrás de nosotros.

La noche en que papá apareció con el prisionero lo sacó de entre las cajas, periódicos y cartones que siempre traía en la carretilla. Lo llevó al patio, lo metió al hueco y lo amarró. Nos explicó a mamá y a nosotros y dijo que debíamos tener la boca cerrada: si alguien se enteraba iba y contaba del niño y no nos daban la recompensa. También dijo que a Yaira le iba a comprar una muñeca del mismo grande de ella y a mí una colección de carros del tamaño de la carretilla. Luego se fue a fumar el zuquito con mamá.

Cuando Yaira y yo nos asomamos el prisionero dormía. Prendimos una vela y le esculcamos los bolsillos. Los mil pesos los encontramos cuando le quité los zapatos. La moneda cayó debajo de una tabla. Yaira la levantó, me miró y dijo: —Chula chumi-chutad chupa-chura chumí.

En esos momentos el prisionero se movió y yo cogí una tabla y le pegué en la cabeza. Luego corrimos por el borde del caño y nos sentamos a esperar. Me puse los zapatos y caminé para probarlos. Yaira repetía que la mitad era para ella. Yo le dije que la moneda era de los dos y que se iba a la cajita que escondíamos en la pared del hueco.

Al día siguiente el Caliche nos enseñó a taponar la boca. Dijo que nos quedáramos vigilando para que ninguno más viniera con ganas de cobrar la recompensa. Ya por la tarde despertó y le quitamos el trapo para que nos dijera cómo se llamaba, pero se puso a chillar igual a como cuando mata los marranos el Barriga de la carnicería. Yo me puse a darle con el palo y chillaba y chillaba. Entonces vino mamá, le pegó un trancazo en la cabeza y lo obligó a tomarse

la medicina. Luego nos agarró a correazos por quitarle el trapo de la boca.

Por la noche papá también nos agarró a correazos y dijo que no volviéramos al hueco. Pero al otro día fuimos y ya no le quitamos el trapo de la boca. Si se despertaba corríamos a contarle a mamá y ella lo obligaba a tomarse la medicina. Papá nos dijo que era mejor que no supiéramos cómo se llamaba, pero como Yaira, de lo pura tarada que es, insistía en preguntarle, papá se quedó como pensando y luego dijo que se llamaba Nadie.

Cuando ya estábamos aburridos de cuidar se nos ocurrió jugar a lo del prisionero. Cogimos unos palos y dijimos que esas eran las metralletas de los guardias y al despertar, antes de que se pusiera a chillar, le decíamos que esa era una cárcel y que él era el prisionero de papá. A veces Yaira se abría la blusa y le frotaba las teticas en la cara para ver si se reía.

Hace dos días se le torcieron los ojos y por un lado del trapo le empezó a salir una baba blanca. Mamá dijo que era por el hambre, que de tanto dormir ni comía: le preparó una sopa y se la dio a sorbos. Pero el prisionero se atragantaba y la sopa se le salía junto con la baba. Luego se puso tieso y luego se puso blando. Mamá dijo que se había dormido y que era mejor dejarlo solo. Cuando llegó papá fueron a verlo con Caliche y al rato dijeron que ya estaba bien y que esa noche iban los papás por él. Nos hicieron acostar y se pusieron a fumar el zuquito.

Esa noche oí los golpes de la pala sobre la tierra. Al día siguiente papá dijo que iba por el dinero, que ojalá se lo pagaran para comprar los regalos tan grandes que nos había prometido.

En la tarde, cuando mamá vio que seguíamos raspan-
do la tierra dijo que no lo hiciéramos, que ese hueco era
peligroso para Titina y que lo mejor era tenerlo tapado. A
Yaira le dijo que no llorara, que no fuera tan tarada como
siempre había sido y que ya llegarían más muñecas y muchas
monedas de mil.

Ahora estamos sentados en el borde del caño. Mamá
sigue con los ojos rojos sentada en la cocina. Titina, de tanto
llorar, se quedó dormida al lado de una pila de periódicos.
Pensaba en los mil pesos ya que por el hambre las tri-
pas empezaron a sonarnos. Pero mejor no le digo nada
a Yaira porque hace rato dejó de llorar por las muñecas
muertas enterradas. Con los mil pesos compraríamos una
Coca-Cola y un pan. Le digo que papá le va a traer una mu-
ñeca del grande de ella y ni así me para bolas.

Yaira se levanta y coge dos palitos, los amarra con un
pedazo de alambre hasta que queda una cruz y la entierra
en la tierra pisada.

Luego nos sentamos a esperar a ver si papá aparece con
el dinero y mamá, de la pura alegría, nos manda a comprar
la carne donde el Barriga.

LA CASA

—Otra vez aquí —dijo la abuela—. Ven.

Cada vez que soñaba me llevaba por la casa, señalaba las puertas de los cuartos y decía:

—Aquí vive tu bisabuelo, aquí tu hermano José, aquí Salvico, aquí...

Y así, en cada sueño, la casa crecía con los cuartos de mis antepasados. Alguna vez pregunté por uno de los nombres y la abuela me dijo:

—Es el bisabuelo de tu abuelo.

Esta noche recorrimos la casa entera, repasamos los nombres y llegamos a un cuarto nuevo. Miré a la abuela. Me dijo:

—Este es tu cuarto.

EL GATO NEGRO

Mis padres murieron en un accidente de tránsito. Según mi abuelo, iban hacia La Magdalena, un pueblo que queda en la montaña, a comprar una finca cafetera. El bus se quedó sin frenos, se despeñó y terminó montaña abajo, a unos doscientos metros.

—El bus quedó totalmente aplastado —le escuché decir muchas veces a mi abuelo—. Allí murió Carlitos, mi único hijo.

Mis abuelos se quedaron conmigo. Yo era su única descendencia porque, según mi abuelo, mi abuela no le dio más hijos. Vivían en una pequeña finca, en las afueras de San Pedro. Allí cultivaban café, maíz, cacao y tenían vacas, burros, cerdos y gallinas. Los fines de semana mi abuelo iba al pueblo a vender algo de café, maíz o el queso que hacía mi abuela. Y, por lo general, llegaba tarde, de noche, casi siempre oliendo a licor. Cuando mi abuela lo oía llegar cogía una correa y lo esperaba en el corredor. Al verla, mi abuelo empezaba a decir sus disculpas, a explicar que se había encontrado con unos amigos de la infancia, que

estaba haciendo unos negocios, que estaba en la tienda de don José.

—¡Y también donde las putas! —le gritaba mi abuela—. ¿Cuánto dinero trajiste?

A veces le quedaba algo. Otras veces decía que lo habían robado. Yo no sabía qué eran las putas. Cuando veía a mi abuelo vestirse el sábado, antes del mediodía, para ir a San Pedro, deseaba que me llevara donde las putas. Mi abuela seguía con la cantaleta y golpeaba la baranda del corredor con la correa, que restallaba en el silencio de la noche. A mi abuelo le tocaba dormir en el corredor o en el cuarto de herramientas porque si entraba, mi abuela lo cogía a correazos. En los días siguientes, mi abuela no le hablaba ni lo dejaba dormir en la cama de ella. Yo los oía discutir, a mi abuelo rogar para que olvidara todo y sus promesas de que no volvería a hacerlo. Pero el sábado siguiente era lo mismo, hasta que mi abuela le impuso mi compañía para bajar al pueblo.

En ese entonces yo tenía ocho años y ya me había acostumbrado a los trabajos de la finca. Mi abuela me levantaba a las cuatro de la mañana para moler maíz y preparar café. Después íbamos a ordeñar las vacas. Hacia las siete llevaba el desayuno a mi abuelo y a dos trabajadores. Me gustaba sentarme con ellos a oír los pormenores de la finca. Escuchaba a mi abuelo dar instrucciones para limpiar el cafetal, quitar la maleza de la parte alta donde pensaba sembrar más café, recoger algo de maíz o de café. Yo prefería siempre estar al lado del abuelo, caminando detrás de él, ayudándolo a llevar la herramienta. Mi abuela se enojaba porque quería

que me quedara con ella. Decía que necesitaba aprender a cocinar, a remendar, a llevar una casa.

Poco a poco fui aprendiendo a desyerbar, a arar, a saber cuándo se recoge una cosecha, cómo se abona la tierra, a desparasitar una vaca. Un día mi abuela dijo que tenía que ir a la escuela. Mi abuelo se opuso.

—Eso es para señoritas de familia —dijo—. La niña tiene que aprender a ser una verraca, una dura para que nadie la joda.

Mi abuela aceptó que no asistiera por ese año a la escuela, y fue cuando obligó al abuelo a que me llevara los sábados al pueblo. Me ponía vestidos que ella misma cosía, que a mí no me gustaban porque al abuelo tampoco le gustaban.

—Esa no es ropa para caminar —decía.

Nos demorábamos treinta minutos en llegar.

Mi abuelo iba a vender el café, el cacao o el maíz, y yo iba a vender el queso al granero de don José. Mi abuela me regalaba para comprar chokolatinas o galletas dulces que yo devoraba sentada en el parque esperando al abuelo. Y le pasaba a don José la lista de la remesa. Si sobraba dinero, lo guardaba en un bolsillo secreto que tenía en los vestidos. Allí, en el parque, me entretenía viendo a la gente, los vendedores de legumbres, de cholados, de juguetes. Al principio daba una vuelta. Luego me sentaba a esperar. Cuando había pasado un buen tiempo y el abuelo no llegaba por mí, me iba hasta la cantina Venecia, donde él arrimaba a beber. Siempre estaba allí, sentado con sus amigos tomando aguardiente. No parecía mi abuelo, a decir verdad, porque reía y hablaba como nunca lo hacía en casa.

El licor lo cambiaba, lo volvía “un pendejo, un imbécil”, como decía mi abuela. A mí me alegraba verlo tan contento porque cuando me distinguía en la puerta de la cantina me hacía entrar, me sentaba a su lado, y casi siempre me daba un sorbo de aguardiente. Algunas veces había muchachos de mi edad, o más grandes, en otras mesas, sentados con sus papás. Pero siempre eran niños, nunca vi una niña. Las meseras ya me conocían y me llevaban hasta la barra donde me brindaban una gaseosa con chitos o papas fritas. Luego le cobraban al abuelo. Había una, llamada Rosa, a la que el abuelo le tocaba las nalgas cada vez que le servía. A veces se sentaba en la mesa y lo veía tocándole los muslos. Rosa reía, todos reían. Yo también reía.

Luego, el abuelo se perdía. Le preguntaba a Rosa por él y me decía que ya volvía.

—Fue a hacer una vuelta —agregaba.

Lo esperaba un buen tiempo hasta que me cansaba y salía al parque. Al rato llegaba. Él no me veía porque me escondía detrás de un árbol. Entonces entraba a la cantina y seguía bebiendo.

Una vez lo seguí sin que se diera cuenta y entró en una casa en la que vi a varias mujeres de pie ante la puerta. Había un aviso con letras y un gato negro acostado. El abuelo fue recibido con risas y chanzas. Yo me acerqué, traté de mirar adentro pero no se veía nada. Las mujeres me dijeron que me fuera a mi casa, que no debía estar allí porque, de pronto, la Policía me llevaba a la cárcel. Me devolví hasta el parque a esperar. Como estaba cansada entré a la cantina. Le conté a Rosa donde había ido el abuelo y le pregunté cuál era la vuelta que iba a hacer allí.

—Parece que quiere comprar una ternera —me dijo.

Como me estaba durmiendo, me acomodó en una silla detrás de la barra y se puso a contarme cosas de la vida de ella, que tenía una niña de la misma edad mía y un niño más pequeño.

—¿Dónde están? —pregunté.

—Viven con mi mamá.

Le pregunté por qué no vivían con ella. Me dijo que no podía atenderlos porque debía trabajar.

—Con mi mamá viven bien —agregó.

Luego se marchó y me quedé dormida. Cuando desperté, oí a Rosa charlando con dos meseras. Decían que mi abuelo no hacía nada.

—No se le para —decía una tal Viena—. Me contaron unas amigas de El Gato Negro. El viejo llega, se encierra con una de ellas, le pide que le cuente su vida, le pregunta por sus amantes, por su familia, y así se pasa el rato. A veces paga doble para seguir hablando con ellas. Luego, sale, se bebe dos o tres cervezas y cuando vuelve aquí todos esos viejos lo celebran porque les dice que se tiró dos o tres polvos.

Todas rieron. Yo, entredormida, reí.

Un sábado, entrada la noche, llegamos a la finca. Como mi abuela dormía, mi abuelo me hizo una señal para que no la despertara. Al otro día me levanté temprano. Le llevé café a la abuela. Seguía dormida. La llamé. No contestó. La sacudí y tampoco respondió. Llamé a mi abuelo y él, después de llamarla y sacudirla, dijo que estaba muerta. La enterramos detrás de la casa, casi al final de una colina sembrada de café. Mi abuelo se puso una corbata y un saco que le quedaba

pequeño. Fuimos con tres vecinas amigas de mi abuela. En la mañana subí con mi abuelo y dos palas para hacer el hueco. Cuando bajamos el cadáver, el abuelo dijo que ojalá se fuera en paz, que había sido buena esposa, madre y abuela y que le deseaba el cielo. Yo me puse a llorar, mientras el abuelo llenaba el hueco con tierra. Cuando se cansó me dijo que siguiera echando tierra y que dejara de llorar, que los machos no lloraban. Caía el atardecer cuando clavamos encima de la tumba una cruz amarrada con alambre.

Yo seguí ordeñando las vacas, haciendo queso, arepas y ayudando al abuelo. Alguna vez me preguntó si quería ir a la escuela. Le dije que no, que prefería quedarme trabajando en la finca.

—Entonces, a trabajar.

Cada día me enseñaba más cosas: a montar a caballo, a sembrar café, a manejar a los trabajadores. Un día, en el pueblo, unos muchachos se burlaron de mí porque mi abuelo me hizo cortar el pelo casi a rape. Además, me había comprado pantalones y camisetas de manga porque así trabajaba más cómoda. Lloré y los maldije con las mismas palabras groseras que le escuchaba al abuelo. Fue cuando empezó a darme clases de boxeo.

—No te vas a dejar joder la vida de nadie —dijo—. Y menos de maricones de pueblo.

Según él, cuando joven había sido campeón municipal de peso pluma. Colgó un costal lleno de tierra y me enseñó a golpear. Empezó con el uno falso, dos de engaño y el tres a la cara para nocaut. Me hacía saltar la cuerda, me enseñaba a pararme, un pie adelante, otro atrás, a levantar los

puños a la altura del pecho y a pegar primero. Hizo una pesa con tarros de Saltinas para que fortaleciera los bíceps y las pantorrillas. Cuando íbamos a la cantina me daba, de a pocos, aguardiente, porque, decía, me tenía que acostumbrar a ser una dura.

Mi abuelo seguía yendo a El Gato Negro. Cuando regresaba contaba que se había tirado dos putas a la vez. Los amigos le celebraban y él les gastaba una ronda de aguardiente. Rosa y las demás meseras se reían, le decían que él era un semental. Un día, mientras lo esperaba, empezó a salirme sangre de entre las piernas. Creí que me había cortado, fui al baño y me limpié. Al rato me salió más sangre y me empezaron unos dolores abajo del estómago que me hicieron gritar. Rosa me hizo quitar el pantalón, me limpió con una toalla y luego me puso entre las piernas otra toalla pequeña. Me preguntó si antes había sangrado. Dije que no. Me preguntó si sabía qué me pasaba. Dije que no.

—Te volviste mujer —me dijo.

Y me explicó todo lo de la sangre, de que me iba a suceder una vez al mes, que tenía que tener toallas para acomodarme entre las piernas. Yo seguí llorando. Rosa me abrazó.

—No es nada malo, ya te acostumbrarás. ¿Cuántos años tienes?

—Trece —respondí.

Le pregunté si a los hombres les pasaba lo mismo. Me dijo que no. Le pregunté si a las putas les pasaba lo mismo. Dijo que sí.

—Solo a nosotras, las mujeres. Pero no te preocupes —agregó—: tres o cuatro días después se termina.

Entonces me fui a la finca sin el abuelo. Cada vez que veía venir a alguien me escondía a un lado del camino esperando a que pasaran. Tenía el pantalón manchado de sangre y no quería que me vieran, ni que me preguntaran qué me pasaba. Cuando llegué, me bañé, me restregué entre las piernas, pero al rato la sangre volvía a salir. Corté una sábana en tiras como me indicó Rosa, y me las puse allí.

El sábado siguiente, ya sin sangre, Rosa me contó todo sobre las mujeres. Me explicó que me tenía que cuidar porque ya podía quedar en embarazo. Luego dijo que si quería tener un novio tenía que vestirme de otra forma.

—Es que pareces un hombrecito —dijo, mirando mis hombros.

Me contó que pronto tendría los senos más grandes, que tenía que aprender a pintarme, a echarme colorete, rubor, a vestirme como una mujer.

Luego de que el abuelo se fue a El Gato Negro subí a la finca. Los vestidos que tenía ya no me quedaban buenos y mi abuela tenía un colorete y maquillaje viejos. Me pinté y no me gustó como me vi en el espejo. El vestido me quedaba pequeño y el maquillaje me hacía ver como un payaso.

Al otro día le dije al abuelo que necesitaba vestidos y maquillaje, pero él me preguntó si quería parecer una puta.

—Además, en la finca necesitamos manos fuertes, manos para manejar palas y azadón, para cargar bultos y arriar las bestias.

Al escondido, con el dinero ahorrado de los quesos y ayudada por Rosa, compré telas y mandé a hacer dos vestidos. También compré maquillaje y unos zapatos de tacón alto. Cuando el abuelo no estaba, me vestía y caminaba

por la casa con los zapatos. Varias veces me caí hasta que aprendí a manejarlos. Cuando íbamos a San Pedro, el abuelo no me dejaba vestir con batas.

—Es que te ves muy débil —me decía—. ¿Cómo vas a arriar las mulas con ese vestido?

El abuelo se quejaba de que ya no lo ayudaba como lo hacía antes, pero me obligaba a seguir entrenando porque, decía, “La vida es un campo de boxeo donde solo ganan y son felices los que golpean primero”. Lo cierto es que yo andaba un poco mal y no sabía qué me sucedía. En San Pedro me quedaba mirando a los muchachos y, en verdad, no me llamaban la atención. No quería preguntarle nada a Rosa porque ella siempre insistía en que tenía que vestirme bonita para conseguir un novio.

Un día el abuelo llegó borracho de El Gato Negro. Se jactaba de que esa vez se había tirado tres polvos y pidió una ronda de aguardiente para todos. Los de la mesa lo felicitaron, pero tres hombres que estaban en otra mesa empezaron a burlarse.

—Mejor cinco polvos —dijo uno de ellos.

—O tres lengüetazos —dijo otro.

Mi abuelo se levantó, fue hasta allá, y le pegó una palmada en la nuca a uno de ellos. Otro se levantó y le pegó una trompada al abuelo. Yo me levanté y noqueé al que le pegó. Dos de ellos se echaron sobre mí, pero con el uno, dos, tres, los dejé fuera de combate. Me quedé allí, en el centro de la cantina, con los puños a la altura de los hombros esperando a que se levantaran, pero no lo hicieron. Rosa levantó al abuelo.

—¡Ese es mi nieto! —gritaba.

Luego Rosa llegó hasta donde yo estaba, me miró a los ojos, bajó mis manos y dijo que tenía que irme, junto con el abuelo.

—Seguro que en un momento aparece la Policía, aunque estos maricones no van a decir nada porque les daría pena decir que una mujer los golpeó.

Mi abuelo, borracho, provocaba a los hombres que empezaban a levantarse del suelo.

—¡Malparidos, pónganse en fila, montoneros de mierda! ¡Entre mi nieto y yo les damos a todos en la jeta!

Entre Rosa y yo lo agarramos y lo sacamos a la calle. Al llegar a casa siguió bebiendo, gritando, creyendo que aún seguía en el bar. Sentado en el corredor, de pronto levantaba los puños como si fuera a boxear:

—¡Pónganse en fila, malparidos, que entre mi nieto y yo les damos a todos en las jetas! —gritaba.

El abuelo bajó tres veces más al pueblo. Cada vez se emborrachaba más y se metía en problemas. La última también terminó en pelea, con la boca del abuelo sangrando. Estuvo tres días en la cama. Le preparé sopas y menjunjes de hierbas para la fiebre y los dolores del cuerpo. Cuando se sintió mejor fue a trabajar. Les llevé el desayuno y lo comieron en silencio. Los trabajadores se marcharon a recoger café. Mi abuelo no habló, como siempre, de la cosecha de café, ni de sus planes para cultivar colina arriba. Tampoco me miraba a los ojos. Los días siguientes fueron iguales. Cuando llegó el sábado el abuelo no se levantó. Tenía mucha fiebre. Preparé aguadepanela con limoncillo y le hice beber, a sorbos, una taza. De pronto, me dijo:

—Tienes que ir al pueblo a vender el café. Ya está listo.

—Vamos, abuelo —dije—. Allá te mejoras.

—Tienes que ir a vender el café —repetía.

—Tienes mucha fiebre, abuelo, vamos donde un médico.

—No, muchacho, tienes que vender el café.

Cargué las dos mulas con las que siempre bajábamos.

—En tres horas estoy de vuelta, abuelo. Bebe aguade-panela y no te levantes. Voy a traerte medicinas.

Me hizo una seña para que me acercara. Me senté a su lado.

—Tráeme a la Julia. Págale el doble si es necesario.

—¿A quién, abuelo?

—A la Julia, en El Gato Negro. Tráela, muchacho, te lo ruego.

Bajé al pueblo. Vendí el café, los quesos, compré medicinas para la fiebre en la botica y, sin saber qué hacer, fui a Venecia. Hablé con Rosa. Le conté lo que quería el abuelo.

—¿Y para qué la quiere? Yo no voy por allá, si me ven empiezan a decir que soy una puta —dijo—, pero esperemos a María que ella la manda a llamar.

Me hice en una mesa al lado de la barra. Por vez primera en mi vida pedí media de aguardiente. La bebimos entre Rosa, Yolanda y yo. Yolanda también preguntó para qué quería el abuelo a la Julia.

—Perdone que le diga, pero no ve que él perdió hace años la virilidad —dijo mirándome a los ojos—. Eso es lo que dicen las mujeres de El Gato Negro, eso les pasa a todos los viejos, no solo a su abuelo. Y la Julia... ¿usted conoce a la Julia?

Negué con un movimiento de cabeza. Me tomé un sorbo de aguardiente.

—La Julia es una niña. Yo creo que es casi de tu edad... ¿cuántos años tienes?

—Diecisiete —respondí.

Seguimos bebiendo. Yolanda me preguntó dónde había aprendido a boxear y me pidió permiso para tocar mis bíceps. Los comparó con los de ella y los de Rosa.

—Los tienes bien duros. ¿Entrenas todos los días?

Asentí. En eso llegó María. Nos dijo que esperáramos un rato porque lo más seguro era que Julia estaba durmiendo.

—Ayer fue viernes, trabajaron hasta tarde.

También preguntó para qué la quería el abuelo y, riendo, dijo que si la quería para cantarle una canción de cuna. Al ver mi ceño fruncido se fue a la barra a organizar los vasos. Pedimos otra media de aguardiente. Yolanda se levantó a atender unos clientes.

Ayudé a Julia a subirse a uno de los burros. Iba en tacones, con un vestido rosado. Era casi de mi altura, de ojos color miel y unos dientes muy blancos. El pelo le caía a la mitad de la espalda. A través del vestido adiviné unos senos llenos y un trasero firme. Me emocionó que estuviera a mi lado. El camino a la finca fue en silencio. Yo no sabía qué hablar con ella, aunque me hubiera gustado conversar y preguntar muchas cosas sobre las putas. Al llegar a la finca la dejé en un corredor, bajé la remesa y fui a dejar los burros en la dehesa. Cuando volví estaba sentada en uno de los escalones. Al verme, sonrió. Fuimos al cuarto del abuelo: seguía acostado. Lo llamé y no contestó. Me acerqué.

—Abuelo —le dije—, te tengo una sorpresa. Despierta, abuelo.

Tampoco contestó. Me senté, le levanté una mano, la sostuve en el aire y la solté. Cayó pesada, rígida. Julia se acercó y dijo que estaba muerto, que le hiciéramos la prueba con un espejo a ver si se empañaba. Traje un espejo pequeño. Lo puso debajo de la nariz un rato, luego lo miró: confirmó que estaba muerto. Se levantó, se echó la bendición y se quedó de pie, con las manos recogidas sobre el vientre, la cabeza un poco inclinada. Yo me quedé allí, sentada en la cama. Hubo un momento en que volví a llamar al abuelo.

—¡Despierta! —grité—, ¡despierta que aquí está Julia! ¡Abre los ojos, abuelo!

Julia se acercó, me tocó un hombro, me hizo levantar y me abrazó.

—Mi sentido pésame —dijo.

Las lágrimas bañaban mi rostro. Salimos al corredor y me senté en una de las gradas. Julia se sentó a mi lado. Estuve allí unos minutos hasta que me levanté y dije que había que enterrarlo.

—Al lado de la abuela —agregué, señalando la colina.

—Tienes que llamar un médico —dijo Julia—. Después pueden decir que tú lo mataste.

Levanté los hombros. Me puse las botas pantaneras y me dirigí colina arriba. Cuando terminé de hacer el hueco ya era entrada la noche. En la casa, varias vecinas rezaban alrededor del cadáver del abuelo. Julia, con un vestido oscuro, preparaba café en la cocina. Al verme, sonrió. Dijo que bajó al pueblo y había traído al médico. Tenía el certificado de defunción. Su muerte había sido por infarto.

—Tómate un café —dijo dejando una taza en mis manos. Lo bebí a sorbos. Algunas vecinas me dieron el pésame. Julia dijo que me tenía que bañar y cambiar. Me llevó de la mano al baño. Cuando salí me acompañó a vestirme.

—¿Dónde tienes los vestidos?

Los que tenía ya no me servían. En el armario solo había pantalones y camisetas. La noche entera la pasé en una silla al lado de la cama del abuelo. Julia atendía a las personas. A las mujeres les servía café con aguardiente y a los hombres les daba aguardiente. No sé de dónde había sacado el licor. Cuando entró el día me despertó. Me llevó al comedor y me hizo comer huevos con arepa y café. Julia le había dicho a la gente que ella era una prima lejana. A mediodía, cuando llegó un sacerdote, dio una misa en el cuarto del abuelo. Luego subimos la colina con el cadáver. El sacerdote pronunció unas palabras bonitas. Dijo que yo tenía que hablar. Todos me miraron.

—Abuelo... —dije—, fuiste un buen abuelo porque me enseñaste todo lo que sé... gracias, abuelo...

Y arranqué a llorar. Julia me abrazó mientras cuatro hombres bajaban el cadáver.

Esa tarde nos emborrachamos. Nos sentamos en las gradas que daban al corredor. Bebimos hasta que entró la noche. Julia me contó su vida: se había volado de su casa porque el padrastro intentó violarla. Le contó a su madre y ella le dijo que se dejara coger porque sin él se iban a morir de hambre. Se fue a vivir donde el novio y no aguantó los celos y las palizas que le daba. Una amiga le habló de El Gato Negro en San Pedro. Llevaba un año trabajando. Me

contó que ella era la preferida del abuelo y que cuando estaba ocupada con otro hombre la esperaba. Me dijo que era verdad lo de la pérdida de la virilidad del abuelo y que se limitaban a desnudarse, acariciarse y a hablar.

—Nunca llegó a usarme —dijo.

Bebí un aguardiente, le pregunté si quería quedarse en la finca. Le ofrecí trabajar a mi lado. Julia agachó la cabeza y, luego, bebió un trago.

—Por unos días... a ver si me amaño.

Al otro día desperté en mi cama. A mi lado, Julia dormía. No recuerdo qué sucedió. El solo verla me provocó abrazarla y besarla. Julia despertó y me hizo el amor. Nunca había sentido lo que sentí esa mañana, mi primera vez.

Todos los días salgo a trabajar. Seguí con los trabajadores que tenía mi abuelo. Al mediodía voy a la casa y almuerzo con Julia. Los sábados bajo al pueblo, vendo el queso y lo que haya salido de café, cacao o maíz. Julia ya sabe preparar los quesos que le sigo vendiendo a don José. Me hizo comprar unas telas para vestidos y me pidió que me dejara crecer el pelo. A veces me maquilla, me mira, ríe. Dice que yo soy la mujer más bella de toda la vereda.